

Una foto y muchos recuerdos La escuela de Caloca en Liébana

Isabel Bolado Pascual



Un día visité el Centro de Recursos de Polanco de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte para revisar con Eduardo y José Miguel lo que había escrito para la publicación *Vidas Maestras*. Al ir seleccionando las imágenes que había escogido para ilustrar el texto, José Miguel me comentó que había una que le parecía muy adecuada para la sección *Foto con historia* de la revista *Cabás*. Y me animó a realizar un relato en relación con esa foto para esa sección de la citada revista.

He de afirmar que todas las imágenes que íbamos seleccionando me trajeron muy buenos recuerdos. Si alguno fue desagradable, estos los esconde nuestra memoria selectiva. Pero fue especialmente esta foto que ahora voy a comentar la que me trajo las mejores sensaciones de entre mis recuerdos.

Cuando saqué la oposición, a principios del verano de 1967, nos daban destino en septiembre secuenciadamente según las plazas que salían cada semana. Todo el verano había estado bromeando con la plaza de la escuela mixta de Caloca por ser el pueblo más alto de la provincia, a donde íbamos solo las maestras, ya que los maestros siempre accedían como mínimo a escuelas

unitarias, en localidades más pobladas y con otras comodidades de acceso. Y la broma se convirtió en un hecho...

Los lunes en Potes, en la época en que me tocó ir a esta comarca, eran llamados los *domingos lebaniegos*. Me habían aconsejado ir este día de la semana porque bajaban al mercado vecinos de Caloca, y que estos me podrían ayudar a llegar al pueblo. Efectivamente: tras tomar un taxi hasta Pesaguero, tuve que recurrir a las mujeres de Caloca, que esperaron la llegada del taxi, para subir andando los ocho kilómetros que faltaban. Mi madre me acompañaba, gracias a Dios, e iba yo más tranquila. Ninguna de las dos nos hacíamos una idea de lo que nos íbamos a encontrar en un pueblo, el más alto de la provincia -como he dicho-, pasa de mil cien metros, al que no se podía acceder en un vehículo. Hoy en día, con su bien trazada carretera, ya no existe ningún problema para llegar en un turismo o en vehículo todoterreno. Allí no subían nada más que las carroquetas cuando tenían que transportar materiales. El médico, el cura y yo misma subíamos andando; bueno, el médico y yo a caballo, una aventura de la que yo estaba encantada.

Pero sigamos con mi primera ascensión al pueblo. Cuando tomamos el camino, el panorama me parecía impresionante. De repente, apareció la Peña del Cigal, ¡impresionante! Un peñasco de caliza que nos miraba desde su altura ¡Cuántas veces recuerdo lo que sentí la primera vez que la vi en esta mi primera ascensión al pueblo! El camino se hizo muy agradable, subíamos conversando con los del pueblo, se interesaban por nosotras, veía a mi madre encantada, le gustaban estas gentes y además le gustaba caminar. Nunca nos imaginamos lo bonito de la panorámica. Una cosa que recuerdo, como si fuese ayer, es la extrañeza de verme tan joven y maestra. La verdad es que lo era, pues aún no había cumplido diecinueve años.

Antes comenté sobre los vehículos que podían subir al pueblo, y justo acertó a pasar ese día una carroqueta con materiales de construcción. Se empeñaron en subirme a la caja de la misma y allí me vi yo, en medio de cemento, tubos y sin mi madre, llegando sola al pueblo. Recuerdo cómo me sentí cuando gran parte del mismo vino a recibirme al verme llegar sintiéndome, dicho en tono de humor, como una estrella rural, aunque muy cortada e intimidada.

El día siguiente a nuestra llegada, medio pueblo nos llevó de excursión a la cueva de los Moros, incrustada en la ya mencionada Peña del Cigal. Qué decir de aquella marcha -que no la olvidaré en la vida-, con la tierra lebaniega tan bella, con los vecinos, con los niños y niñas del pueblo... Nos introdujeron en la cueva a una gran profundidad, más de cien metros, y mi madre y yo quedamos impresionadas.

En mi familia habíamos hablado de que si la estancia en el pueblo la sentía muy dura debería pedir la excedencia y concursar al año siguiente. Pero, en honor de la verdad, la primera semana ya me sentía muy a gusto con mis niños y niñas y con sus familias. Además, fuera de mi tarea docente me surgieron otras que me daban mucha satisfacción. Todos los días tocaba en un canalón con una piedra para ir a la iglesia a rezar el rosario, porque me lo rogaron, pues para ellos era un momento de reunión que agradecían. A la salida del mismo, formábamos un corro y se comentaban las cosas de cada día. Como no me sabía la letanía, la leía por el catecismo.

Poco a poco fui conociendo el pueblo, a las familias y, lo que era mi objetivo prioritario, a mis niños y niñas. Eran más de veinte en la escuela. Tomas Pérez Vejo, el mayor, y Lines Pérez Vejo, la más pequeñita. Tenía dos años y acompañaba a sus hermanos por las tardes. No molestaba nada; según llegaba, se quedaba dormidita en su rincón favorito. Tomás actualmente es profesor de universidad, con un currículum impresionante, y Lines, la más pequeña, nos dejó tristemente. Era la familia más numerosa del pueblo.

Fue pasando el tiempo otoñal con su precioso colorido en los bosques y llegamos al invierno con sus copiosas nevadas. La primera que viví, en diciembre de 1968, fue para mí un espectáculo. Tan solo hasta entonces había visto caer copos en Santander sin apenas cuajar, y aquella nevada me dejó impresionada por la belleza del paisaje, de los árboles totalmente blancos, de los montes y peñascos; pasó de un metro de altura y curiosamente se produjo un silencio especial, propio de las grandes nevadas. A mí me encantó. No fue muy benigna para los vecinos del pueblo; aunque estaban acostumbrados, el cuidado cotidiano de los animales se ponía mucho más difícil, ya de por sí costoso. Solo ellos sabían cómo conseguían la energía suficiente para llevarlo a cabo con tanto esfuerzo. Se les veía animosos y, casi siempre, risueños conmigo. Participé en algunas reuniones en la casa donde estaba el televisor del pueblo, pues tan solo había uno, y allí los vecinos se juntaban para hacer sus tertulias del invierno. Las historias que allí me contaron de encuentros humanos con el oso o con el lobo tampoco es fácil olvidarlas. Por las noches y con el pueblo nevado sonaban de forma impresionante.

También aprendí a caminar con albarcas, y lo hacía con mucha habilidad... Era el mejor calzado para los barro. Ya casi no se usan, pues los caminos de los pueblos están asfaltados.

Cuando llegó la primavera, fue una explosión de flores tan variadas y especiales que el objetivo de mi cámara no sabía a dónde dirigirse. Pasé con los niños y las niñas una estación preciosa. Ellos, al salir de la escuela, me llevaban de paseo a distintas zonas de los alrededores del pueblo. Del producto de estos paseos son las flores que los niños están organizando en la foto a la puerta de la escuela. En Liébana los llamamos lirones, y son, en realidad, narcisos silvestres. En los campos de Caloca en junio cubrían a modo de alfombra amarilla las altas praderas. Es una flor que no conocía, pero que, desde entonces, la he considerado una flor muy especial. Algunas primaveras subimos a las praderas de los altos puertos para coger estas deliciosas flores. Actualmente es una planta protegida, no pueden arrancarse al albur del deseo personal.

Fue tan especial mi estancia y mi trabajo en Caloca que por eso me atrevo a contarlo. A algunos compañeros y compañeras les recordarán sus destinos en los pueblos altos de Cantabria. En Caloca aparecieron emociones, cariños y el aprendizaje que supuso para mí, en un contexto con el que sintonicé.